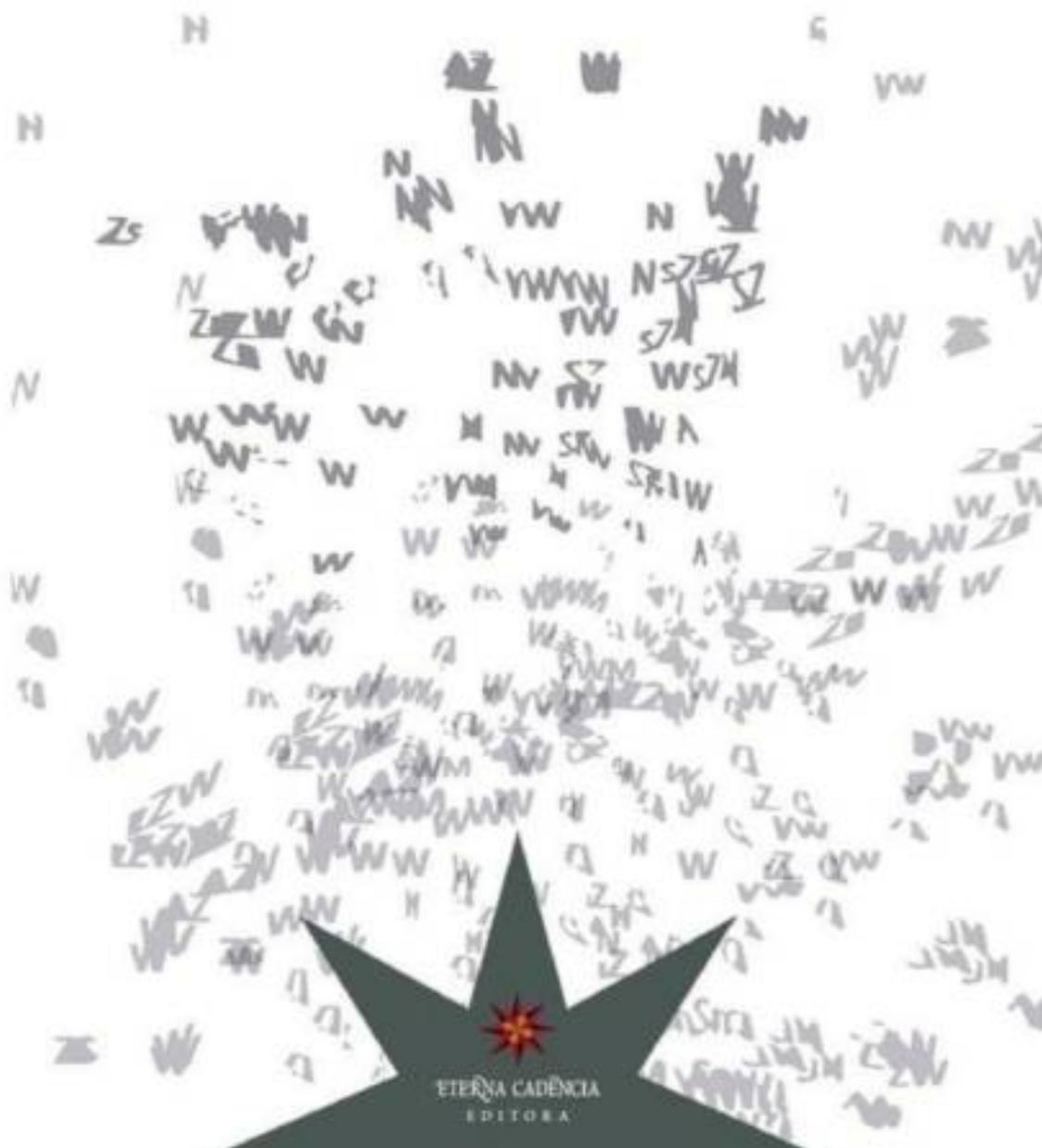


Édouard Levé
AUTORRETRATO

Traducción de Matías Battistón



Édouard Levé
AUTORRETRATO

“De adolescente, creía que *La vida, instrucciones de uso* me ayudaría a vivir, y *Suicidio, instrucciones de uso*, a morir. He pasado tres años y tres meses en el extranjero. Prefiero mirar hacia la izquierda. Uno de mis amigos se deleita en la traición. Terminar un viaje me provoca el mismo dejo de tristeza que terminar una novela. Olvido lo que me desagrada. Quizá he hablado sin saberlo con alguien que ha matado a alguien. Me meto a mirar en callejones sin salida. No me da miedo lo que haya al final de la vida”, escribe Édouard Levé al comienzo de este libro.

Con una prosa de tono seco y engañosamente distante, Levé expone su breve pero intensa vida al lector hasta en sus más mínimos detalles. Más o menos al azar, va hilando gustos, momentos, sensaciones, anécdotas, observaciones y pareceres personales, sobre sí mismo y sobre el mundo. Ningún aspecto queda fuera: sexo, política, estética, filosofía, arte, familia, amistad, trabajo, infancia, en una sucesión de sentencias que en la acumulación crean un ritmo hipnótico y fascinante.

Un libro radical, descarnado y exquisito que poco a poco nos va desarmando, cautivando y metiendo dentro de una ficción perfecta, que fluctúa entre la realidad y el deseo, y en ese intersticio revela la fragilidad y la belleza del ser humano.

Édouard Levé

AUTORRETRATO

Traducción de Matías Battistón



ETERNA CADÊNCIA
EDITORA

ÍNDICE

[Cubierta](#)

[Sobre este libro](#)

[Portada](#)

[Autorretrato](#)

[Notas](#)

[Sobre el autor](#)

[Página de legales](#)

[Créditos](#)

[Otros títulos de esta colección](#)

De adolescente, creía que *La vida, instrucciones de uso* me ayudaría a vivir, y *Suicidio, instrucciones de uso*, a morir. He pasado tres años y tres meses en el extranjero. Prefiero mirar hacia la izquierda. Uno de mis amigos se deleita en la traición. Terminar un viaje me provoca el mismo dejo de tristeza que terminar una novela. Olvido lo que me desagrada. Quizá he hablado sin saberlo con alguien que ha matado a alguien. Me meto a mirar en callejones sin salida. No me da miedo lo que haya al final de la vida. No escucho realmente lo que me dicen. Me sorprende que me pongan un apodo cuando apenas me conocen. Tardo en ver que alguien se está portando mal conmigo, tanto me sorprende que me pase algo así: el mal es, en cierto sentido, irreal. Archivo cosas. Le hablé a Salvador Dalí cuando yo tenía dos años. La competencia no me estimula. Describir con precisión mi vida me llevaría más tiempo que vivirla. Me pregunto si de viejo me volveré reaccionario. Sentado, con las piernas desnudas sobre cuero sintético, mi piel no se desliza, rechina. Engañé a dos mujeres, se los dije, una se mostró indiferente, la otra no. Hago chistes con la muerte. No me gusto. No me detesto. No me olvido de olvidar. No creo que exista Satanás. Mi prontuario judicial está immaculado. Me gustaría que las estaciones duraran una semana. Prefiero aburrirme solo a aburrirme de a dos. Paseo por lugares vacíos y almuerzo en restaurantes desolados. En cuestión de comidas, prefiero lo salado a lo dulce, lo crudo a lo cocido, lo duro a lo blando, lo frío a lo caliente, lo perfumado a lo inodoro. No puedo escribir tranquilo si no tengo nada para comer en la heladera. Puedo prescindir fácilmente del alcohol y del tabaco. En un país extranjero, no sé

si reírme cuando mi interlocutor eructa durante la conversación. Me fijo en las canas de la gente que no está en edad de tenerlas. Es mejor que no lea los manuales de medicina, en particular los pasajes que describen los síntomas de ciertas enfermedades: los veo multiplicarse en mí a medida que descubro su existencia. La guerra me parece tan irreal que me cuesta creer que mi padre haya participado en una. He visto a un hombre cuyo lado izquierdo de la cara expresaba algo distinto al derecho. No estoy seguro de que me guste Nueva York. No digo "A es mejor que B", sino "prefiero A a B". No paro de comparar. Al regresar de un viaje, el mejor momento no es ni cuando paso por el aeropuerto ni cuando llego a casa, sino el trayecto en taxi que une ambos lugares: sigo viajando, pero ya no realmente. Desafino, así que no canto. Como soy gracioso, piensan que soy feliz. Espero no encontrarme nunca con una oreja en un prado. Las palabras no me gustan más que un martillo o un tornillo. No conozco a los chicos verdes. En las vitrinas de los países anglosajones, leo *sale* [oferta] en francés [sucio]. No puedo dormir con alguien que se mueve, ronca, respira fuerte o tironea de las sábanas. Puedo dormir abrazado a alguien que no se mueve. Se me ocurrió la idea de un Museo del Sueño. Tengo la costumbre, por comodidades del lenguaje, de llamar "amigos" a quienes no lo son, no encuentro otra palabra para describir a aquellas personas que conozco, que me caen bien, pero con las que no he estrechado ningún vínculo en particular. En el tren, sentado de espaldas, no veo las cosas llegar, sino partir. No estoy ahorrando para jubilarme. Creo que la mejor parte de una media es el agujero. No le presto atención al saldo de mi cuenta bancaria. Mi cuenta bancaria rara vez está en rojo. *Shoah*, *Numéro Zéro*, *Mobutu, rey de Zaire*, *Urgences*, *Titicut Follies* y *La Conquête de Clichy* me han marcado más que las mejores ficciones. Las películas ready-made proyectadas por Jean-Marc Chapoulie me han hecho reír más que las mejores comedias. He intentado suicidarme

una vez, me he visto tentado de intentar suicidarme cuatro veces. El sonido lejano de una cortadora de césped en verano me trae buenos recuerdos de mi infancia. Me cuesta tirar a la basura. Una de mis antepasadas tenía la manía de guardar las cosas, cuando murió encontraron una caja cuya etiqueta indicaba, con letra muy prolija: "Pedacitos de hilo que no sirven para nada". No creo que la sabiduría de los sabios se vaya a perder. Tuve el proyecto de un libro-museo de escritura vernácula, donde se copiarían mensajes manuscritos de personas desconocidas, clasificados por categorías: avisos de animales perdidos, justificaciones puestas en los parabrisas y dirigidas a los guardias para no pagar el parquímetro, llamados desesperados para conseguir testigos, anuncios de cambio de propietario, mensajes de oficina, mensajes domésticos, mensajes dirigidos a uno mismo. Pensé, al escuchar cómo un viejo me contaba su vida: "Este hombre es un museo de sí mismo". Pensé, al escuchar hablar al hijo de un militante negro norteamericano y una socióloga francesa: "Este hombre es un ready-made". Pensé, al ver a un hombre muy pálido: "Es un fantasma de sí mismo". Mis padres iban al cine todos los viernes por la noche, hasta que se compraron un televisor. Me encanta el sonido sincero que hacen las bolsas de papel, pero no aquel otro, crepitante, de las bolsas de poliuretano. He llegado a oír, sin ver, cómo caía un fruto de una rama. Los nombres propios me fascinan porque ignoro su significado. Tengo un amigo que, cuando invita gente a cenar a su casa, no trae la comida en bandejas a la mesa, la trae servida en platos, como en los restaurantes, así que repetir es impensable. He vivido muchos años sin ningún tipo de cobertura social. Soy capaz de sentirme más incómodo con alguien amable que con alguien mezquino. Los malos recuerdos de mis viajes son más graciosos para contar que los buenos. Que un niño me diga "señor" me desconcierta. En un club swinger vi por primera vez gente que hacía el amor delante de mí. No me masturbo delante de una mujer. Me masturbo menos

ante imágenes que ante recuerdos. Nunca me he arrepentido de decir lo que realmente pensaba. Las historias de amor me aburren. No cuento mis historias de amor. Hablo poco de las mujeres con las que estoy, pero me gusta escuchar cómo mis amigos me hablan de las suyas. Una mujer vino a reencontrarse conmigo en un país extranjero después de un mes y medio de separación, no la había echado de menos, tardé unos segundos en darme cuenta de que ya no la amaba. En la India, viajé toda la noche con un suizo al que no conocía, atravesamos las planicies de Kerala, le dije tanto sobre mí en unas horas como a mis mejores amigos en varios años, sabía que no volvería a verlo, era una oreja sin consecuencias. A veces sospecho. Mirar fotos viejas me hace creer que el cuerpo evoluciona. Reprocho lo que me reprochan. No soy tacaño, me parece admirable gastar lo justo. Me gustan ciertos uniformes no por lo que representan, sino por su sobriedad funcional. A veces, después de haber recibido una buena noticia, se la cuento a un ser querido y noto con estupor que se ha puesto celoso. No me gustaría ser hijo de famosos. No soy lindo. No soy feo. Desde determinados ángulos, bronceado y en camisa negra, puede parecerme que soy lindo. Me parece que soy feo más a menudo de lo que me parece que soy lindo. Los momentos en que me parece que soy lindo no coinciden con aquellos en los que quisiera serlo. Me parece que soy más feo de perfil que de frente. Me gustan mis ojos, mis manos, mi frente, mi culo, mis brazos, mi piel, no me gustan mis muslos, mis pantorrillas, mi mentón, mis orejas, la curva de mi nuca, mis fosas nasales vistas desde abajo, carezco de opinión sobre mi sexo. Tengo la cara torcida. La parte izquierda de mi cara no se parece a la parte derecha. Me gusta mi voz al despertarme después de beber alcohol o cuando estoy engripado. No necesito nada. No quiero seducir a nadie que use sandalias Birkenstock. No me gustan los dedos del pie. Me gustaría no tener uñas. Me gustaría no tener barba para no afeitarme. No busco honores, no

respeto las distinciones, soy indiferente a las recompensas. Me gustan las personas raras. Me simpatizan las personas desafortunadas. No me gusta el paternalismo. Me siento más cómodo con los viejos que con los jóvenes. Puedo hacerle innumerables preguntas a la gente que no pienso volver a ver. Algún día voy a usar botas Santiago negras con un traje de terciopelo violeta. El olor a purín me recuerda una época antigua, mientras que el olor a tierra húmeda no me evoca ningún período en particular. No puedo memorizarme los nombres de las personas que me acaban de presentar. No me avergüenzo de mi familia, pero no la invito a mis inauguraciones. He querido a mucha gente. Me quiero menos de lo que me han querido. Me asombra que me quieran. No me creo lindo cuando una mujer piensa que lo soy. Soy irregularmente inteligente. Mis estados amorosos se parecen, entre sí y a los ajenos, más de lo que se parecen mis obras, entre sí o a las ajenas. Encuentro algo agradable en la desdicha de un amor que se termina. No divido mis gastos con nadie. Un amigo me hizo notar que yo parecía contento cuando mis invitados llegaban, pero también cuando se iban. Empiezo más de lo que termino. Me resulta más fácil ir a la casa de alguien que dejarla. No sé cómo interrumpir a un interlocutor que me aburre. Me abalanzo sobre los bufés gratis y como hasta el hartazgo. Hago bien la digestión. Me gusta la lluvia de verano. Los fracasos ajenos me entristecen más que los propios. Los fracasos de mis enemigos no me alegran. Me cuesta entender que se regalen estupideces. Los regalos me ponen incómodo, tanto darlos como recibirlos, a menos que estén bien elegidos, lo que es raro. El amor me da inmensos placeres pero me roba demasiado tiempo. Así como el bisturí del cirujano revela mis órganos, el amor me revela otros yo, cuya obscena novedad me espanta. No estoy enfermo. No voy más de una vez al año al médico. Soy miope y tengo un ligero astigmatismo. Nunca besé a ninguna de mis amantes delante de mis padres. En Córcega, mis amigos me arrastraron a

una clase grupal de iniciación al buceo submarino, un instructor me llevó en pocos segundos a seis metros de profundidad, me reventó el oído izquierdo, al volver a la superficie, había perdido el sentido del equilibrio, luego, cuando aterriza el avión, siento que una aguja me tritura el interior del oído hasta que, de golpe, el aire se libera atravesándome el tímpano. No conozco bien los nombres de las flores. Puedo reconocer el castaño de la India, el tilo, el álamo, el sauce, el sauce llorón, el roble, el castaño común, el pino, el abeto, la haya, el plátano, el avellano, el manzano, el cerezo, el lilo, el ciruelo, el peral, la higuera, el cedro, la secuoya, el baobab, la palmera, el cocotero, el alcornoque, el arce, el olivo. Puedo nombrar, sin reconocer, el fresno, el álamo temblón, el olmo, el evónimo, el madroño, la Santa Rita, el catalpa. He tenido lebistes, barbos tigre, neones, un pez atigrado con forma de serpiente y otros peces de acuario cuyo nombre ya no recuerdo. Tuve un hámster hembra que se llamaba Pirueta, porque le gustaba correr en su rueda de plástico azul turquesa tan rápido que el movimiento la hacía dar vueltas enteras. Una amiga que apenas sabía inglés entendía "C'est quelque chose" [Es algo] en vez de "Set in your shoes" [Se te meta en los zapatos] en la canción "Boogie Wonderland". A veces corro por caminos tenebrosos. Un tío mío me hacía jugar a Scorlipochon uno dos tres cuatro cinco seis siete ocho nueve diez, yo tenía que tratar de decir Scorlipochon uno dos tres cuatro cinco seis siete ocho nueve diez mientras él me hacía cosquillas para impedírmelo. A uno de mis tíos le gustaba el escándalo y el juego, robaba en los negocios solo para divertirse, compraba la revista *Hara-Kiri* y me la hacía leer, simulaba ser discapacitado mental en la playa, cuando una mujer tomaba sol le saltaba encima gritando y babeando, a una vecina granjera le hacía preguntas usando palabras que no existían, llamaba por teléfono a desconocidos y les hacía creer que les habían enviado una serpiente al aeropuerto de Orly y que ellos tenían que pasar a buscarla, jugaba en

el casino hasta que conseguía a propósito que le prohibieran el ingreso para siempre, trataba de cobrar el alquiler de los clubes nocturnos que su padre había ganado en el póker y terminaba emborrachándose con el champagne que le daban para ablandarlo los mafiosos que alquilaban los locales. No juego en casinos. Me pregunto qué haría si me torturaran. En los museos, contemplo el mundo a través de la mirada de los artistas, en la calle, a través de la mía. Conozco cuatro nombres de Dios. Una amiga me ha dicho que bostezar cuatro veces equivalía a dormir un cuarto de hora, lo intenté varias veces, sin sentir nunca los beneficios del consejo. He conocido temperaturas que van de los veinticinco grados bajo cero hasta más de cuarenta y cinco. He conocido a católicos, a protestantes, a mormones, a judíos, a musulmanes, a hinduistas, a budistas, a amish, a testigos de Jehová, a cientólogos. He visto la tierra, la montaña y el mar. He visto lagos, ríos, riachuelos, arroyos, torrentes, cataratas. He visto volcanes. He visto estuarios, costas, islas, continentes. He visto grutas, cañones, chimeneas de hadas. He visto desiertos, playas, dunas. He visto el sol y la luna. He visto estrellas, cometas, un eclipse. He visto la Vía Láctea. Ya no tengo diez años. Nunca he creído que uno pudiera cruzarse con un dahú. Me pregunto si existirán los profanadores de Satanás, y si profanarlo será pecado, desde su punto de vista, pero también desde el de Dios. Me interesan los monstruos. Cuando leo "código pin OK", por dentro oigo "código Pinoquet". La soledad me da constancia. Una amiga de mis padres descubrió a los cincuenta años que el "aceite de codo" no existía. Yo no sabía qué responder cuando un adulto me decía: "¿Es verdad esa mentira?". Forzaba una sonrisa cada vez que un adulto me preguntaba: "¿Por qué no vas a ver si estoy ahí?". Mi padre es gracioso. Mi madre me quiere pero sin agobiarme. Descubrí que había "imágenes cochinas" en un pequeño prospecto azul cielo que describía ciertos pecados y que me había dado un cura antes de mi primera confesión, para ayu-

darme a recordar cuáles podía haber cometido. Fui a un colegio donde varios pedófilos hacían de las suyas, pero nunca fui víctima de ninguno. A uno de mis compañeros de la escuela, cuando tenía doce años, lo siguió un viejo hasta el rellano de la escalera, donde lo arrastró a un sótano para besarlo por la fuerza. El perro de uno de mis amigos desfiguró a su mejor amigo cuando tenía catorce años. Nunca perdí un avión que después haya explotado en pleno vuelo. Casi mato a los tres pasajeros que me acompañaban buscando un cassette en la guantera mientras conducía a ciento ochenta por la autopista París-Reims. Mi padre me sorprendió mientras estaba haciendo el amor con una mujer, cuando golpeó a la puerta yo respondí automáticamente: "Adelante", se le iluminó la cara, cerró enseguida la puerta, y cuando ella trató de irse a hurtadillas él se precipitó hacia ella y le dijo: "Vuelva cuando quiera, señorita". Como la mayoría, no sé por qué la ciudad donde vivo se llama como se llama. Uno de mis tíos murió de sida poco después de que la galería de arte en la que lo había invertido todo entró en quiebra. Uno de mis tíos encontró al hombre de su vida mientras conducía lentamente su coche descapotable rojo por las calles de París, el hombre en cuestión, un inmigrante de Hungría, estaba desesperado, y caminaba sin rumbo antes de suicidarse, mi tío se detuvo a su lado y le preguntó a dónde iba, desde entonces estuvieron juntos hasta que la muerte los separó. El amigo de mi tío me enseñó a reírme de lo que veía en la televisión sin que tuviera, a priori, nada de gracioso, por ejemplo, el peinado de Bobby Ewing en *Dallas*. No he firmado ningún manifiesto. Si giro mientras me miro en un espejo, llega un momento en el que ya no me veo. Raymond Poulidor es uno de los nombres menos sexys que conozco. Me gusta la lechuga sobre todo por lo crujiente y por la vinagreta. No me gusta que la gente cite frases ingeniosas, en particular las de Sacha Guitry. Me deleito con el embalaje antes de acceder al objeto. Visitar iglesias me aburre, me pregunto si, a parte de algu-

nos especialistas, existirán personas a las que les encante. No me sé los nombres de las estrellas. Con frecuencia planeo aprenderme palabra por palabra textos largos para entrenar la memoria. Me quedo mirando los seres fantásticos que forman las nubes. No he visto ni un géiser, ni un atolón, ni una fosa submarina. No he estado en la cárcel. Me gustan las luces tenues. No he presentado ninguna denuncia en una comisaría. No me han entrado a robar. A los doce años, cuando viajaba en subte con tres amigos de la escuela, un desconocido de mi misma edad me hizo una zancadilla, otro, de unos quince años, me dio una patada en la cara, me caí al piso, al levantarme, vi que se disponía a darme otra, así que simulé sentir un dolor mucho más grande del que sentía realmente, tapándome la cara con las manos y chillando como si me hubiera desfigurado, mis agresores se asustaron y huyeron, mis tres "amigos", que se mantenían a varios metros de distancia, se acercaron precipitadamente, noté que uno de ellos tenía la cara blanca de pura cobardía. Mis padres no me hacen suficientes preguntas. Una vez, en Roma, Nueva York, mientras sacaba fotos en los alrededores, entré a una cárcel, un guardia me detuvo, me llevó con el subdirector, me incautaron el rollo de la cámara, que también tenía fotos de testigos de Jehová de París, Nueva York. He vendido obras a coleccionistas franceses, austríacos, españoles, alemanes, italianos, estadounidenses y quizá de otras nacionalidades. Si, después de cierto tiempo, una mujer con la que salgo empieza a repetir expresiones que uso yo, puedo sentir lástima por ella. Me encantaría que hubiera regiones donde todos los días fuera el mismo día de la semana, podría decidir pasar cinco lunes en una ciudad y ocho sábados en otra. Me encantaría que hubiera ciudades en las que todo el mundo se llamara Juan o Juana, la ciudad se llamaría Juanópolis. De los lugares lo que me atrae son los nombres, pero de la gente lo que me atrae no son los cuerpos. A veces me olvido que los nombres de ciertos objetos también son verbos, por ejemplo,

“libro”. Me pregunto si solo a los viejos les caerá bien la Guardia Nacional. Tengo un fetiche con la escritura manuscrita. Cuando elijo postales de un mismo lugar, siento la tentación de variar las imágenes, incluso si eso implica renunciar a llevar varios ejemplares de la mejor, lo cual es absurdo, ya que los destinatarios son distintos. Cuando escribo varias postales en el mismo día, me esfuerzo por no contar las mismas cosas, como si los destinatarios algún día pudieran darse cuenta de que he escrito varias veces la misma carta. Di un paseo en medio de los barrancos del Triángulo de Oro sentado en el lomo de un elefante ciego que buscaba el camino tanteando con la pata. Mi hermano construye. Por error cursé arduos estudios que no me han servido para nada, cuando podría haber cursado por placer estudios artísticos que hubieran agilizado mi vida. Me pone contento estar contento, me pone triste estar triste, pero también me puede poner contento estar triste y triste estar contento. La falta de sueño me molesta menos cuando está soleado que cuando llueve. La gente me parece linda independientemente del momento, no siempre me parezco lindo, ergo no lo soy. A veces le hablo a mi sexo llamándolo por su nombre de pila. Aprecio el aroma a heno recién cortado de los jeans Levi's 501 azul oscuro. No cuento anécdotas porque me olvido el nombre de las personas, cuento las cosas en cualquier orden y no sé cómo rematar la historia. Cuando viajo me doy sorpresas, por ejemplo, en un momento para mí inesperado, decido que el viaje ha llegado a su fin. Cuando uso el dictáfono escribo ligero, pensando en otra cosa. He escrito muchas cartas para declararme, pero ninguna para terminar una relación, mi voz siempre se ha encargado de eso. Preferiría pintar un chicle de cerca que Versalles de lejos. Toco lo blanco para que me dé buena suerte. No tengo casa de fin de semana porque no me gusta abrir y después cerrar un montón de postigos en dos días. Estoy dispuesto a pagar a alguien para que airee, caliente y limpie una casa de campo antes de que yo la ocu-

pe, para tener la impresión de que ahí vive alguien. Aunque mi ritmo de trabajo no esté determinado por el del resto de la sociedad, distingo el fin de semana de los días hábiles. Mi sobrenombre es grotesco, pero me cae simpático, hasta se lo enseñó a las personas que no lo conocen. Hago mi equipaje siguiendo una lista completa de lo que llevo, como siempre llevo lo mismo, conservo esta lista en un archivo en mi computadora. Reúso mis bolsas de supermercado como bolsas de basura. Más o menos divido mis desechos para el reciclaje. Beber me da sueño. En Hong Kong, conocía a alguien que salía tres noches por semana, ni más ni menos. Creo que la democracia avanza en el mundo. Canto al hombre moderno. Prefiero estar acostado a estar de pie y estar de pie a estar sentado. Admiro a la persona a la que se le ocurrió el título *La última casa a la izquierda*. Un amigo me habló del "hombre rojo de las Tullerías", ya no me acuerdo de lo que hizo, pero el nombre me sigue dando escalofríos. El pediatra al que me mandaba mi madre humilló a generaciones enteras de niños, incluyéndome a mí, con este enigma: "Vincent dejó al burro en un prado y volvió al otro¹, ¿cuántos burros hay?", pregunta que formulaba con una voz tranquila, antes de decir: "Hay un solo burro, y eres tú", a quienes no respondían "Uno", es decir a todos. Tengo ganas de escribir frases comenzando por "Al final". Soy capaz de entender "Es el fin", "Es el principio del fin", "Es el principio del fin del principio", "Es el principio del fin del principio del fin", pero a partir de "Es el principio del fin del principio del fin del principio", las palabras pasan a ser puro ruido. A veces irritaba a mi interlocutor repitiendo sistemáticamente su última palabra. No me canso de decir: "La fille à son père" [La nenita de papito]. Uno de mis amigos suscita la admiración de unos y la indiferencia de otros por conocer la equivalencia entre los números y los nombres de cada departamento francés. Mi prima Véronique es extraordinaria. A veces se me ocurre la frase ingeniosa perfecta una hora más tarde. Durante una comida,